



**“Camisas... y
más camisas”**

(22 de enero de 1961)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2604

DOMINGO 9 DE AGOSTO DE 2020

*Puente Dorado, por Tran Tuan Viet.
Ubicación: Da Nang, Vietnam*



ESCRIBEN: Brandon Enciso, Miguel León, Magda Escareño,
Salvador Velazco, Élmer Mendoza, Leopoldo Barragán y Carlos Caco Ceballos.

Clemencia, una obra fundacional

I/II

Brandon Enciso Alcaraz

Ignacio Manuel Altamirano Basilio es un autor como pocos, pues supo combinar en vida el uso de la espada lo mismo que el de la pluma, y combatió por el bien de la nación tanto en la guerra como en el Congreso, alcanzando en ambos escenarios logros que hasta la fecha tenemos presentes.

Hablar de su vida da para un artículo en sí mismo, sin embargo, hoy quiero abordar en específico una de sus obras más conocidas, misma que trabajé hace unos años durante mi titulación de la carrera de Letras; hablo de *Clemencia*, que, como particularidad, su final se desarrolla en nuestro estado, pero ya llegaremos a eso.

Clemencia es una obra del romanticismo mexicano que busca desentenderse de sus orígenes. Luego de la intervención francesa, y después de siglos viviendo como colonia, el temprano México era una nación caótica; conservadores y liberales iban y venían, perdíamos territorio y las castas aún se disputaban su lugar en la sociedad, la identidad nacional era apenas un bosquejo, y mucho de lo que se tenía era sólo la versión diluida que se había importado de Europa.

Sin embargo, el momento llegó, y es natural entender que, luego de ser invadidos por naciones extranjeras, la idealización de éstas y sus modelos de vida desapareciera, y Altamirano, consciente de ello, es que crea esta obra que, en el subtexto, tiene un carácter didáctico, que enaltece los valores que considera dignos, en tanto que critica y desdeña lo que viene de fuera, reflejándose esto incluso en las descripciones físicas de la belleza de sus personajes que hace.

La novela ocurre durante la retirada de las tropas liberales en la segunda intervención francesa, siendo sus primeros capítulos ambientados en Guadalajara, conocemos aquí a nuestros protagonistas; Fernando Va-

lle, un militar de aspecto desagradable y una sensibilidad extraordinaria; Enrique Flores, su compañero de armas, apuesto, culto en todo cuanto se pueda y de grandes dotes para con las mujeres; Isabel, prima de Valle y por quien éste sentía gran afecto, y la amiga de ésta, razón de la trama y culpable del título de la obra, *Clemencia*, quien es descrita como una joven morena de cabellos largos.

Aunque uno podría imaginar al inicio que todo será un lío de faldas donde los buenos ganan, en realidad es más complejo que ello. Durante el transcurso de la historia y el desarrollo de los personajes, vamos descubriendo, y aviso de que se vienen los *spoilers* aquí, que los dos soldados protagonistas no son lo que aparentan.

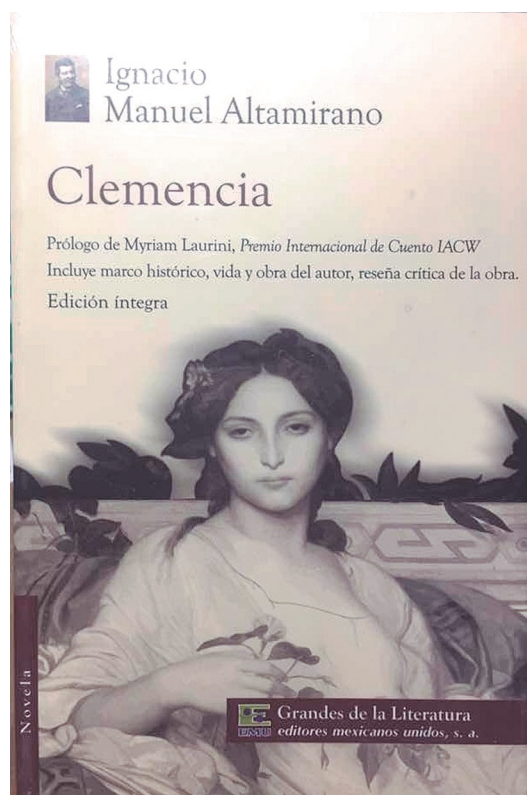
Enrique, tan hermoso, tan reconocido, tan querido, demuestra ser un patán de pacotilla que busca seducir a Isabel sólo para acostarse con ella, diciéndole para ese fin cuanto halago haga falta.

El desencanto de Isabel y la ofensa posterior proferida cuando Enrique coquetea descaradamente con Clemencia, hacen que Fernando, destrozado, pero fiel a sus pasiones, rete a su amigo a un duelo a muerte, del cual éste se zafa al acusarlo con su General,

quien reprende a Valle por hacer tal declaración en tiempos de guerra, donde sus esfuerzos deberían encontrarse en acabar con el enemigo, y no con sus compañeros.

Partiendo posteriormente de Guadalajara con rumbo a Colima, es en el viaje donde las proezas continúan y, como cruel jugada del destino, Fernando Valle hace gran sacrificio de forma anónima por Clemencia y su familia, con tan mala suerte que estos piensan que el autor de su salvamento es Enrique Flores, a quien agradecen.

Sin embargo, el aspecto más vil de Flores apenas estaba por develarse, pero veremos eso en la próxima entrega.



En mi casa vive un árbol

Miguel Ángel León Govea

En mi casa vive un árbol
que tiene comezón
en la punta de su raíz.

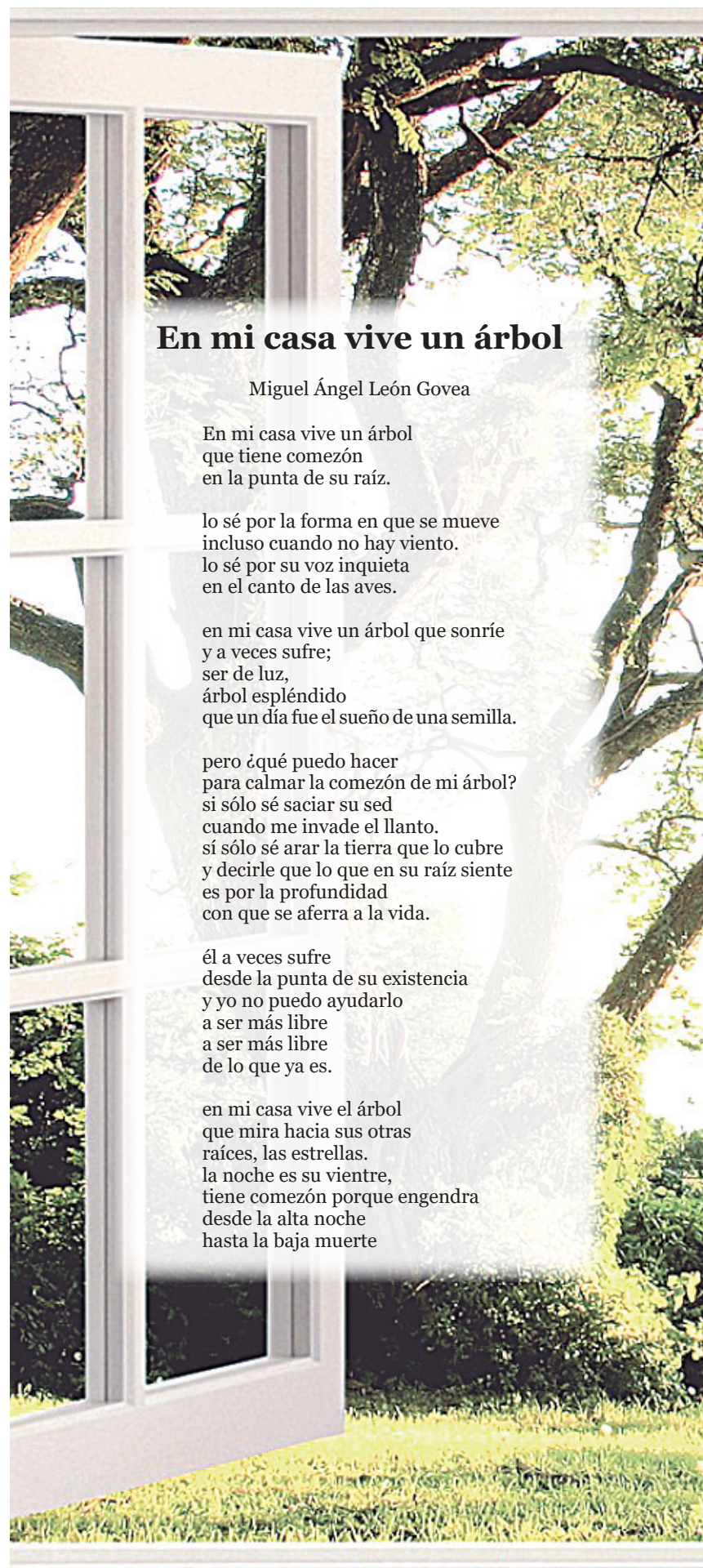
lo sé por la forma en que se mueve
incluso cuando no hay viento.
lo sé por su voz inquieta
en el canto de las aves.

en mi casa vive un árbol que sonríe
y a veces sufre;
ser de luz,
árbol espléndido
que un día fue el sueño de una semilla.

pero ¿qué puedo hacer
para calmar la comezón de mi árbol?
si sólo sé saciar su sed
cuando me invade el llanto.
si sólo sé arar la tierra que lo cubre
y decirle que lo que en su raíz siente
es por la profundidad
con que se aferra a la vida.

él a veces sufre
desde la punta de su existencia
y yo no puedo ayudarlo
a ser más libre
a ser más libre
de lo que ya es.

en mi casa vive el árbol
que mira hacia sus otras
raíces, las estrellas.
la noche es su vientre,
tiene comezón porque engendra
desde la alta noche
hasta la baja muerte



Las manos de los dioses: arquitectura y fotografía

Ágora

El Puente Dorado, *Cau Vang* en vietnamita, está situado en las colinas de Bà Nà, una zona de montañas al oeste de la ciudad de Da Nang, en el centro de Vietnam. La obra mide 150 metros de largo y se eleva a mil 400 metros de altura sobre el nivel del mar. Está sostenida por dos esculturas gigantes que representan las manos de los dioses levantando un hilo dorado de la tierra.

Como en la naturaleza, el arte es un ejemplo de que a veces, lo divino también guía las manos de los hombres.

La foto que ilustra la portada de esta edición fue tomada por Tran Tuan Viet, quien obtuvo el primer lugar del concurso de fotografía #Architecture2020 a través de la aplicación Agora (mera coincidencia con el nombre de nuestro suplemento cultural pero sin el acento), plataforma digital en la que participaron miles de fotógrafos de diferentes partes del orbe, resaltando la belleza que resulta de la interacción entre la luz y los volúmenes.

Desde Italia y Alemania hasta Pakistán e Indonesia, estas imágenes de arquitectura internacional muestran la creatividad del espíritu humano. Cada uno de los 50 finalistas capturó su propia visión de la arquitectura, fotografiando tanto edificios célebres como construcciones anónimas que dan forma a nuestro mundo. Como en la naturaleza, el arte es un ejemplo de que a veces, lo divino también guía las manos de los hombres.

“El contraste entre el caos y el orden, la naturaleza y lo artificial, la materia y el vacío. Partículas de fotones que rebotan en los volúmenes contruidos [fueron] retratados por los mejores fotógrafos del mundo”, dijo Octavi Royo, CEO de Agora, añadiendo que quien desee formar parte de los próximos concursos, sólo se necesita descargar la *app* y subir sus fotografías.

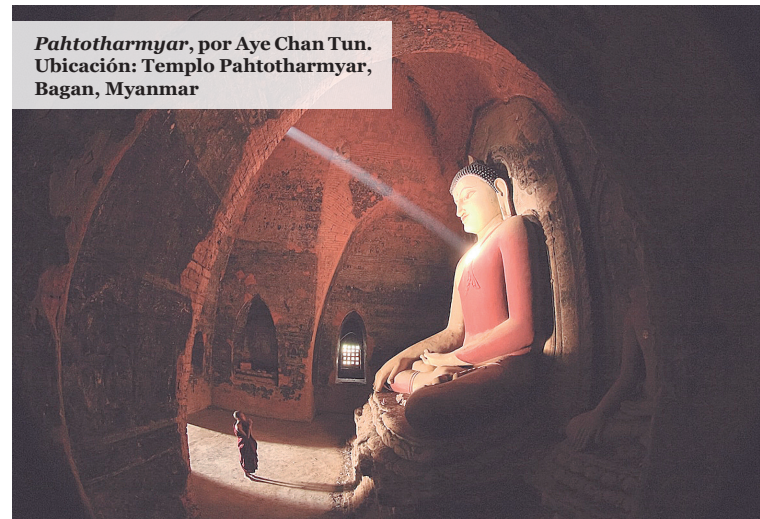
Lonely House, por Artem Pikalov.
Ubicación: Crimea, Rusia



Modern Lookups, por Sebastian Burziwal.
Ubicación: Viena, Austria



Pahtotharmyar, por Aye Chan Tun.
Ubicación: Templo Pahtotharmyar, Bagan, Myanmar



Desde Italia y Alemania hasta Pakistán e Indonesia, estas imágenes de arquitectura internacional muestran la creatividad del espíritu humano.

¡Castlemanía! Castillo Eltz,
Ubicación: Mayen-Koblenz, Alemania





VIÑETAS DE LA PROVINCIA

“Camisas... y más camisas”

Don Manuel Sánchez Silva

(22 de enero de 1961)

En una casa de la calle Artes, hoy Álvaro Obregón de esta ciudad, vivió por más de 25 años una familia modesta, que por la sencillez de su vida provinciana, salpicada de vez en cuando con claroscuros de tragedia, merece evocarse en estas Viñetas.

Como cabeza de familia fungía una buena mujer llamada Rosa Quevedo, costurera especializada en la confección de camisas para hombre y persona hacendosa, trabajadora y devota, que en sus mocedades concibió un hijo –fruto de amores con un galán de barrio llamado Daniel Velasco, que murió sin legitimarlo– conocido desde pequeño, a causa de su pelo grueso y lacio, por el apodo de “El Cejudo”, muchacho moreno y vigoroso, de condición audaz y turbulenta.

De pocos años menor que doña Rosa era su hermano José, que, huérfano, fue criado por su hermana mayor, a quien reconocía y trataba como su verdadera madre.

Apenas egresado de la escuela primaria, entró José de meritorio en la farmacia del profesor Manuel R. Álvarez, la mejor droguería de principios del siglo, donde el aprendiz se inició en la preparación de bálsamos, pomadas, tinturas y jarabes. Posteriormente, pasó a la botica de don Carlos Morrill, ampliando y accionando sus conocimientos y, por último, fue “dependiente mayor” en la botica de “La Purísima”, del profesor Miguel V. Álvarez.

Mientras José encontraba su camino detrás del mostrador de las boticas y se expeditaba en surtir recetas y en prescribir medicamentos inofensivos a enfermos que no disponían de medios económicos para solicitar los servicios de un médico, Daniel, su sobrino, continuaba sus estudios de primaria con más pena que gloria, en tanto su madre se multiplicaba para atender los quehaceres de su casa –que mantenía limpia y arreglada– y satisfacer los encargos de costura. Quienes la visitaban, por amistad o negocio, hallábanla siempre de buen humor, afectuosa y diligente, sentada frente a su máquina de coser infatigable.

–¿Cómo te va, Rosita? –saludábanla las gentes-. ¿Qué has hecho?

–Pues nada, aquí nomás, cosiendo camisas y más camisas...

Por aquellos años de la Primera Guerra Mundial, los sueldos eran increíblemente bajos y lo que José ganaba en la botica, unido a las utilidades de la señora Rosa, era apenas suficiente para que la familia viviera dentro de una modestia decorosa. Sin embargo, la hermana mayor acariciaba de tiempo atrás la ilusión de que José se independizara y pusiera su propio establecimiento, por lo que, recortando el presupuesto doméstico y haciendo milagros de economía, fue juntando, centavo a centavo, los reducidísimos remanentes del gasto diario, que al correr de los años redondearon la, para ellos, fabulosa cantidad de mil pesos.

Desprovista doña Rosa de todo mueble de seguridad, y temiendo exponer su tesoro, no se apartaba de él ni cuando por las noches de domingo concurría a la serenata de la plaza principal, única distracción que se permitía. Al regresar, colocaba la riqueza bajo su almohada, circunstancia que, al acostarse, contribuía a inspirar los sueños dorados al través de los cuales veía a su hermano y a su hijo trabajando por su cuenta, felices y ricos...

De su fortuna, hecha con verdaderos sacrificios, no hacía partícipes ni a los suyos, adelantándose a la posibilidad de que José, que gustaba vestir con elegancia y alternar con la gente “chic” de aquel entonces, le solicitara un préstamo o, peor aún, de que Daniel, afecto a la vagabundería e inclinado a las malas compañías, dilapidara en poco tiempo el resultado de sus afanes. La buena señora se sometía a toda clase de abstenciones y vivía

juntando dinero que destinaba a los suyos pero sin que ellos lo supieran.

En 1915, en que el país se debatía en las convulsiones de la revolución constitucionalista, el Batallón Reforma solicitó altas, y numerosos jóvenes colimenses se afiliaron a esa corporación privilegiada, que estaba compuesta por profesionistas, estudiantes y elementos de cierta significación social y cultural, los que disfrutaban de haberes especiales. Uno de los inscritos fue Daniel Velasco, el hijo de doña Rosa, quien sufrió la pena de su vida al verlo uniformado y con pistola reglamentaria colgada de la forniture. Con lágrimas en los ojos despidió a su hijo cuando el Cuerpo tuvo que marchar a la cuesta de Sayula a combatir con las fuerzas villistas de Rodolfo Fierro, que derrotó a los noveles soldados, diezmando cruelmente sus contingentes. Fue de tan altas proporciones la matanza, que el hecho dio origen a una burla sangrienta: decíase que la mayor parte de los muchachos, al verse vencidos y perseguidos, invocaban a sus madres, por lo que de ahí en adelante la corporación dejó de ser conocida por su nombre de Batallón Reforma para mencionarla como el “Batallón Mamá”.

Poco tiempo después de ese descalabro, Daniel encontró la muerte en otro combate y, al enterarse de la tragedia, muchos meses después, la infeliz madre sintió que se había desgarrado el más delicado de sus sentimientos y perdió el sentido de la vida.

No obstante, le quedaba José, su hermano menor a quien también quería como a

un hijo. Siguió corriendo el tiempo, y a consecuencia de los trastornos de la Revolución, don Carlos Morrill se repatrió a Norteamérica, don Manuel R. Álvarez vendió sus bienes y se radicó en Guadalajara, y don Miguel, del propio apellido, también traspasó su botica y se dedicó a tantas u otras actividades. José quedaba en una situación difícil, que doña Rosa, con la perspicacia propia de las mujeres, intuyó como la ansiada oportunidad.

–Abre una botica, José -dijo a su hermano-. Es la ocasión favorable para que lo hagas...

–Pero si no tengo dinero...

–¿Cuánto se ocuparía?

–Pues unos mil o mil quinientos pesos en efectivo para instalarme y hacer los primeros gastos, lo demás, se conseguiría a crédito.

–¡Yo tengo el dinero! -declaró doña

Rosa, divirtiéndose con la sorpresa que se reflejaba en el rostro de su hermano-. Anda y busca un buen local y no te preocupes por dinero... Pero ya, luegoito...

Y fue así como José Quevedo abrió la Farmacia de San José, en la calle Real, en el mismo sitio donde ahora se encuentra la Casa Rubio. Fue en sus comienzos un humilde establecimiento, pero como su propietario era hombre cordial, bien querido y “acertado” para recetar vilmas, cápsulas, obleas, pronto adquirió prestigio y fortuna.

Ya en pleno triunfo comercial, José adquirió un flamante automóvil, se codeó con las gentes de mayor significación de Colima y contrajo matrimonio con una distinguida dama de ascendencia estadounidense, formando su hogar en una de las mejores casas de la ciudad.

Y doña Rosa siguió cosiendo camisas... y más camisas.

En noviembre de 1927 falleció José de una pulmonía fulminante y doña Rosa, avejentada por la vida y las congojas, le sobrevivió poco tiempo.

Y esta es la breve historia de una familia humilde en la que el principal factor de vida, de elevación y entereza, fue una pobre máquina de coser...



2016 XOAN ARDO DA VELLA



A las nueve en punto

Los herederos

Salvador Velazco

“El cine que me gusta hacer es un cine donde la mirada sea un narrador, como un barco al que uno se sube y la historia es contada por las imágenes y los sonidos, por las olas, el viento, los pájaros, los atardeceres”. **Eugenio Polgovsky.**

El próximo 11 de agosto se cumplirán tres años del sensible fallecimiento de Eugenio Polgovsky a la edad de 40 años, un extraordinario cineasta mexicano que hizo del género documental un valioso instrumento para penetrar la realidad social de nuestro país. Su *Trópico de Cáncer* (2004), un vivo testimonio de formas ancestrales de supervivencia en el desierto de San Luis Potosí, fue una gran influencia para que los actores Diego Luna y Gael García Bernal fundaran *Ambulante*, un festival de cine documental que desde 2005 hace una gira cada año a rincones apartados del territorio nacional. Dado que Polgovsky murió prematuramente, solo nos dejó una obra que incluye además de *Trópico de Cáncer*, *Los herederos* (2008), *Mitote* (2012) y *Resurrección* (2016), cuatro trabajos que fueron suficientes para darle a su realizador diversos premios y reconocimientos.

Tuve la oportunidad de conversar con Eugenio Polgovsky en su estudio de la Ciudad de México en junio de 2012. De espíritu generoso, me dedicó un par de horas de su tiempo a pesar de que estaba muy atareado dándole los últimos toques a *Mitote*, su tercer trabajo documental que ofrece una mirada a ese microcosmos y corazón de México que es el Zócalo capitalino. Egresado del Centro de Capacitación Cinematográfica (CCC), el cineasta fundó Tecolote Films en 2007, una compañía productora de cine independiente con la cual produjo *Los herederos*, el que es, sin duda, su largometraje más importante. Esa tarde, en su estudio, la conversación giró principalmente en torno a este documental que yo me atrevería a poner en una lista de los diez imprescindibles de lo que llevamos del siglo XXI. Por eso, en algún par de congresos académicos he hablado de este trabajo en forma entusiasta y lo incluyo regularmente en las clases de cine mexicano que imparto en Claremont McKenna College.

En estos días de guardar recomiendo a los lectores de *Ágora* que vayan a YouTube para el visionado de *Los herederos* (<https://www.youtube.com/watch?v=C5nAClv3sW8>), un gran exponente de lo que Catherine Russell ha denominado “etnografía experimental”; aquella que, en palabras de esta estudiosa del cine, intenta “cuestionar las formas tradicionales de representación y buscar lenguajes nuevos y formas apropiadas a una formación social más plural” (*Experimental Ethnography: the Work of Film in the Age of Video*, Duke University Press, 1999, 3). Eugenio Polgovsky construye una geografía humana sin hacer uso de una narración verbal ni de entrevistas a los sujetos etnográficos que salen a cuadro. Es la mirada de la cámara la que articula el tejido del relato sobre niños que trabajan en el campo mexicano en los más diversos oficios. Estos niños son herederos no sólo de una situación de pobreza y discriminación, sino también de una gran riqueza cultural y resiliencia.

El realizador mexicano dedicó tres años de trabajo

de campo en diversos estados de la República (Guerrero, Nayarit, Oaxaca, Sinaloa, Puebla y Veracruz) para dar una muestra de las jornadas infantiles en dos áreas principales: tareas domésticas y trabajo remunerado para ayudar a la supervivencia de las familias. En este documental los protagonistas son niños y jóvenes a quienes veremos ayudando en tareas relacionadas con la labranza, el pastoreo, la recolección de leña y agua, la pizca de chiles, jitomates, ejotes; la producción de ladrillos, de hilados y alebrijes, artesanías, entre otras actividades. No hay una voz en *over* que ofrezca alguna información, por más mínima que esta pudiera ser, para poder interpretar el contexto político-social o para proporcionar datos o estadísticas del trabajo de estos infantes.

Son las imágenes de los rostros, los ojos, las manos, los pies, es decir, el signo ‘cuerpo’ del sujeto etnográfico, las que predominan en las tomas de *Los herederos*, muchas de ellas en primer plano. En los montajes que articula la mirada narrativa, la posición de la cámara resultará estratégica para entrar en contacto con esa geografía humana como, por ejemplo, cuando al ras del suelo vemos a los niños en un primerísimo plano recoger con precisión jitomates y sólo escuchamos el ritmo de su agitada respiración; la misma respiración que oímos en los pequeños infantes que suben la cuesta con la carga de leña a sus espaldas y en donde la cámara se coloca detrás de ellos como si quisiera impulsarlos en su ascenso. Parte esencial del trazado de esta geografía humana son los acercamientos a las manos –casi siempre en el centro del encuadre– que vemos en constante movimiento: haciendo tortillas, confeccionando alebrijes, cortando caña, dando de comer a los animales, manufacturando ladrillos de adobe, elaborando textiles, entre otros muchos ejemplos.

Como si la cámara quisiera tocar esas manos con su mirada y sentir las diferentes texturas de la piel en contacto con los instrumentos de trabajo. Aun más: aparece el signo cuerpo de los sujetos etnográficos en contacto con la materia que será transformada por su esfuerzo: aquellos pies de la niña que en los surcos va cubriendo las semillas con tierra o los del niño que ablanda la mezcla –como si fuera una pisada de uva– para los ladrillos. La decisión de construir esa geografía humana fundamentalmente a través del montaje, el uso dinámico de los ángulos de la cámara y la fragmentación del signo cuerpo, antes que el mero despliegue del suceso ‘pro-filmico’, es decir, la acción ininterrumpida frente al objetivo de la cámara, obedece al deseo de Polgovsky de insertar su documental en una tradición de vanguardia artística que no se rige bajo los preceptos de una estética realista.

El último documental de Polgovsky, *Resurrección* (2016), ganó el Premio Especial Ambulante en la edición 14 del Festival Internacional de Cine de Morelia. Es un fascinante trabajo sobre la contaminación del otrora “Niágara mexicano”, el río Santiago, situado entre las ciudades El Salto y Juanacatlán en el estado de Jalisco. Es una suerte que también tengamos este trabajo en YouTube. Lo comentaré en una futura entrega de esta columna. Por supuesto, *A las nueve en punto*.



Eugenio Polgovsky (junio de 2012). Foto de Salvador Velazco.



Los herederos se puede descargar en este enlace: www.youtube.com/watch?v=C5nAClv3sW8

Terror con horror

Magda Escareño

El mundo y su significación. El mundo entre la locura y la cordura. El mundo entre el placer y la angustia. El mundo al que pertenece todo aquello que está en él.

Sí, el mundo se manifiesta en el esplendor del ser y todas sus criaturas. El mundo que se reinventa cada soplo para dar sustentáculo a la vida.

El mundo gira sin detenerse. El mundo vivo con el susto de sus muertos. El mundo, a veces, rompe o adhiere esquemas ya sea por la natura o por el cerebro humano.

El mundo, a veces, desquebraja espejos, solivianta delirios que producen vicios. El vicio del poder, entre uno de tantos. El mundo con terror. El mundo con horror.

Sí, el mundo nunca sabe lo que nunca espera hasta que, de poco a poco, si por causa no prevista, oye un ruido extraño a la mente, ventea olores de fetidez amarga al tino, toca la sequedad de la lengua humana, se baña en el sudor del cuerpo que hierve, la mirada del mundo se obstaculiza, y de un lugar a otro, entre sus veneros, se va enraizando el síntoma del peligro hasta sembrarse por todas partes, pero ¿no lo percibe tal acto de razón y consciencia tan rápido? Sí, en una partecita de él, el silencio se amaga tal un muro para resguardar ese secreto que encierra el mal. El silencio de aquellos que sí lo percibieron, muy pocos en el mundo entero, porque ese mal se gestó en sus redes.

Y la otra parte del mundo vive engeguedada en ese lapso de ingenuidad. Sí, si se dice mundo, será decir mujer y hombre, también decir humanidad.

Los que callan quizá no dudan en tener ese secreto, si para su ventaja sea mejor el silencio. Acaso la oscuridad en su cerebro, de los esos, los callados, los mantenga con la vista impresa en el tablero, abierta, para imponer varios tratados cuando supure ese mal y desate su vértigo.

La tesis del mundo, en este lapso de locura que no tiene para cuándo aniquilar el daño, ya la exterioriza en lo particular a través de muchos seres que van muriendo por las mismas causas con la secuela de la muerte que provoca ese mal. El mal que no mata a todos, es verdad, pero si se cuenta bien, a cuántos sí. Sí, es cierto, que esos que por el mal no mueren, son sujetos de riesgo, pues son portadores del mismo mal, que sí vierten el daño para que la muerte alcance a los seres frágiles, los que no tienen las defensas de inmunidad.

Y el mundo se interroga con la duda incierta, con cierta inseguridad y vergüenza, si habrá de desaparecer del mapa humano la parte débil que lo ha acompañado desde que el mundo es mundo. ¿Habrà de ser ya la hora de un presagio que lo ha atormentado, en la tormenta del tiempo, o aún faltan mil años?

Suposición. Las palabras y más palabras sin gracia. Palabras llenas de veneno puro. Y se escribe y se vuelve a escribir, manoseando la lesión de unas frases y otras, o en la misma frase, multitud de pleonasmos, con la necesidad de hallar al culpable, si es que lo hay. ¿El mundo, en la noche o en el día o en la tarde, sabrá quién es, ese culpable?

¿Natura o laboratorio?

El mundo sigue el curso, gira y gira, tal de moda.

Error. Terror. Horror. Palabras tremendas.

Las guerras y el abuso de poder, también.

El mundo ya no es el mismo; la guerra ahoga, sitia, provoca hambre y desvarío, sitio de batalla ilícita; ese mal que azota al mundo, ahora, en este siglo veintiuno, se ha desbordado en vigilia y en el sueño, de esquina a esquina del planeta, cruz, necrópolis y dolor impensables. Sí, no es diferente: Las guerras concentran la muerte entre las balas, no perdidas; el mal, hiere o mata, no sólo a reserva.

Ambos, la guerra y el mal, son lo mismo, se dice el mundo y el mundo rectifica: *No, no son lo mismo. Y nunca serán lo mismo*. En la guerra la sangre quema, se embarra a la tierra o a los techos, ante miradas de infantes subsiste en la memoria y en los traumas de sobrevivientes. Los que por el mal mueren, mueren en el

hospital y tienen hipogeo y compañía en su partida; no todos, algunos, esa posición, no alcanzan, les toca la fosa común, si bien les va.

El mundo se mira, en el aquí y el ahora; vislumbra que tiene la faz con aspecto distinto: Cielos azules, calles limpias, menos ruido, y un poema de mil versos, si alguien lee u otros lo oyen en privado. Pero, los que lamentan ese mal, están en su casa, aislados, o en el hospital, o en algún cementerio para despedirse de los restos del ser amado.

El mundo tiene sus tiempos, y ha hecho su conciso diagnóstico, pues los síntomas de ese mal son tan exactos, como el reloj de arena o las campanadas de la iglesia; pero han señalado las fuentes de investigación, que ha surgido otro tipo de afectaciones, y así, interminablemente, siguen brotando esos males a la luz de cada día; por lo que es de importancia se medite sobre el respeto a la naturaleza, eso dicen los científicos.

Así el mundo también ha hecho su dictamen, le ha nacido la idea de la sana distancia, del quédese en casa, no vacaciones, ni respire junto a un sospechoso, no se toque la cara, no abra el negocio, ni vea de frente al vecino.

Lávese las manos o use gel anti-bacterias, tanta vez y veces como se pueda acordar. El uso del tapa-bocas

es indispensable. Va y viene el que puede y debe.

Las calles permanecen si vacías de tanto vacío en las fuentes de trabajo. El mercado se ha tornado en centro de la vida en comunión, de alianza humana.

Nunca el hambre puede cambiar de horario, con el mal, ¿pero en las guerras?

Ese mal es la válvula como señal de lo que creará caos si el desorden y rigidez siguen sacudiendo al mundo.

El mundo siente derramada su ordenación, si entre algún momento de la historia la hubo tenido. El mundo se ríe de sí mismo. Una risa encarnada de dolor. El mundo no para de reír, también de llorar. El colapso entró con fuerza desde la aparición de ese mal.

Caos y mal, los separa un signo de igualdad.

El mundo piensa y de tanto pensar, estornuda, tose, hierve ya seca la garganta...





El poder de la voluntad

Leopoldo Barragán Maldonado

*Allí donde hay voluntad
hay también vida.
Schopenhauer*

El domingo es un día de contrastes, hostias y cervezas representan la antítesis entre el deber espiritual y el placer sensual; no es lo mismo regocijarse un domingo por la mañana, que intentarlo por la tarde. Desde muy temprano el ímpetu vital sale en busca de palomas con alcohol, cazos con chicharrones o un campo llanero para la práctica del fútbol, no distingue entre la gente urbana y la rural. Calles y avenidas citadinas hacen eco del ánimo matutino y del desánimo vespertino. Sólo los encuentros amorosos, y hasta clandestinos, aligeran el tedio del séptimo día; la pasión reconoce el sabor de la sensualidad en el ocaso del domingo. Materialmente la vida es una y única, formalmente es múltiple y difusa.

La comunidad de Las Guásimas, es una de las poblaciones que acostumbro visitar los fines de semana cuando practico el ciclismo a bordo de mi 'Bucéfala'; arribar a su jardín es una especie de parada técnica que aprovecho para hidratarme, revisar las redes sociales (que no son mías), y de paso, escuchar algunas cumbias con las que el propietario del mini tianguis sobre ruedas alegra su vendimia dominical; en lo personal me agrada escuchar la 'Cumbia del Manicero'. En ese puesto de frutas y verduras, frecuentemente observo a un niño que, sentado en su silla de ruedas, interactúa no sólo con las personas que atienden el negocio ambulante, sino además con las marchantes que se aproximan a surtir parte de la despensa semanal.

Hace algunos meses, en un domingo de tantos, cuando arribé al jardín de Las Guásimas, de reojo observé como si alguien estuviera cayéndose de una bicicleta, pero no fue así, lo que realmente sucedió fue que aquel niño utilizaba sus manos para impulsar los pedales de su pequeña bicicleta, mientras que otros muchachos lo auxiliaban con el manubrio y a mantener el equilibrio. Obviamente me sorprendió la escena que miraba, me detuve bajo la sombra de un arbolito, pasaron algunos momentos, y el infante se me acercó, entablando breve conversación. Me permití preguntarle qué le había sucedido en sus piernitas, contestándome que había nacido con una deformación congénita, pero que se sentía bien y jugaba con sus amigos, que iba a la primaria del lugar, y que de grande quería ser licenciado. El chico se retiró y yo continué con mi recorrido. Pasó el tiempo, continué con mi rutina de ejercicio aeróbico, y de vez en cuando miraba al intrépido niño desayunando, jugando o conversando con las personas del tianguis.

El domingo pasado de nueva cuenta me encontré con el niño, pero ahora lo observé a él solito rodando su bicicleta, dio una vuelta al jardín, luego otra, bajó a la calle empedrada, quiso subir al jardín, pero perdió el equilibrio cayendo al suelo, inmediatamente se levantó, tomó la bicicleta, y con su antebrazo derecho en el manubrio y la mano izquierda en un pedal, siguió controlando e impulsando su vehículo para pasear en el jardín. La perseverancia del pequeño ciclista me recordó el filosofema nietzscheano: "tener fe en el cuerpo es más importante que tener fe en el alma: esta última nació de la observación anti-científica de las agonías del cuerpo"; no era para menos, estaba viendo una demostración de entereza y firme determinación de aquel niño que, a pesar de

sus limitaciones físicas, no se inhibía, ni dejaba entrever algún sentimiento de inferioridad, y mucho menos mostraba debilidad, apatía o aislamiento social. ¡Cuánta razón tuvo Schopenhauer al decir que "el fenómeno no es más que el espejo de la voluntad"! El temple y carácter del infante para sobreponerse a esta adversidad originada por una deformación congénita, fue un claro ejemplo de lo que llamo 'poder de la voluntad'. El poder radica en el querer, 'si puedo, entonces lo quiero', esta es una fórmula de realismo puro, porque puedo querer, sin poder, rayando en el idealismo o en la utopía.

En 1901 apareció la obra póstuma de Federico Nietzsche titulada *La Voluntad de Poder (Der Wille zur Macht)*, en el párrafo 858, escribió: "El concepto de 'hombre fuerte y hombre débil', se reduce a esto: el hombre del primer caso ha heredado mucha fuerza, es una suma; el hombre del segundo, ha heredado mucho menos (...) La debilidad puede ser un fenómeno inicial: se tiene aún poca fuerza, o en el caso extremo 'no más fuerza'". Que me disculpe el filósofo de Röcken, pero la 'fortaleza' no radica en la acumulación de fuerzas corporales, ni es una adición de energía, sino una disposición del ánimo para sobreponerse a las adversidades

La 'fortaleza' no radica en la acumulación de fuerzas corporales. ni es una adición de energía, sino una disposición del ánimo para sobreponerse a las adversidades de la vida. es la multiplicación del poder que al concentrarse en la voluntad determina el carácter: por consiguiente, la 'debilidad' no consiste en una resta de fuerzas, sino en la sustracción del entusiasmo y el poder que al disminuirse en el seno de la voluntad, coadyuvan en la pusilanimidad.

de la vida, es la multiplicación del poder que al concentrarse en la voluntad determina el carácter; por consiguiente, la 'debilidad' no consiste en una resta de fuerzas, sino en la sustracción del entusiasmo y el poder que al disminuirse en el seno de la voluntad, coadyuvan en la pusilanimidad. Hay personas físicamente fuertes, pero moralmente débiles, y al contrario, existen personas moralmente fuertes, pero físicamente débiles.

Por eso, invierto los términos, frente a la nietzscheana *Wille zur Macht* (voluntad de poder) opongo la *Kraft des Willens* (poder de la voluntad), esa actitud voluntariosa que se vislumbra históricamente desde el pensamiento de San Agustín, cuando en su obra *La ciudad de Dios*, advirtió "la voluntad está en todos los actos de los hombres, es más, todos los actos no son más que voluntad", y la cual alcanzó su madurez en 1819 con Arturo Schopenhauer al publicar *El mundo como voluntad y representación*, en el párrafo 54 anotó: "como lo que la voluntad quiere es siempre la vida, precisamente porque la vida no es otra cosa que la manifestación de aquella voluntad en forma representativa, decir voluntad de vida es lo mismo que decir lisa y lla-

namente voluntad y solo por pleonismo empleamos aquella frase", plasmando de esta manera su tesis de la voluntad de vivir (*Wille zum Leben*).

La dualidad *Wille zur Macht*, versus *Wille zum Leben*, es radicalmente opuesta, mientras que para Nietzsche: "no hay nada en la vida que tenga valor excepto el grado de poder, por supuesto de que la vida misma sea voluntad de poder"; para Schopenhauer: "a la voluntad de vivir le está siempre asegurada la vida y mientras aliente en nosotros, no debemos preocuparnos por nuestra existencia, ni aun ante el espectáculo de la muerte". Efectivamente, el poder de la voluntad es el resorte que motiva nuestros actos y acciones, anexa Schopenhauer: "la voluntad no sólo es libre, sino omnipotente; no sólo crea su propia conducta, sino su propio mundo". Todo acto de la voluntad es un proceso cognitivo a través del cual discernimos juicios, valores, normas, y pautas de conductas; por el poder que confiere la voluntad nos responsabilizamos en nuestras circunstancias existenciales y asumimos actitudes específicas ante los retos de la vida, así como el niño de Las Guásimas se encara con firmeza frente al mundo y la realidad.

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

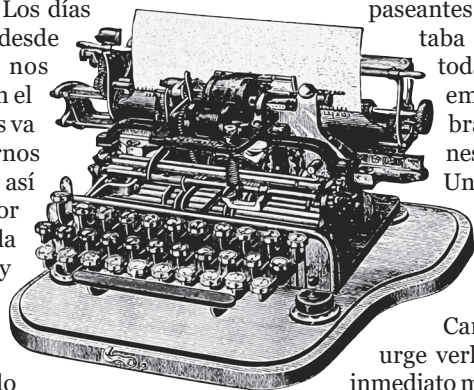
Los días felices

Carlos Caco Ceballos Silva

VERANO 1994. Los días contentos son desde luego cuando nos levantamos con el “pie derecho” y todo se nos va acomodando para sentirnos felices y satisfechos. Y es así cuando todo lo vemos “color de rosa”, sin importarnos la edad, nuestras dolencias y nuestros pendientes. Los días contentos son casi siempre los de nuestra infancia; van transcurriendo los días, meses y años, y cuando llegan los días de las responsabilidades los días felices se van escaseando, pero aún si se aparecen y nos salen al paso, pero cuando ya llegamos a la edad de las dolencias y quejumbres, los días felices se nos aparecen como “las venidas de obispo”, sólo de vez en cuando. Desde luego todos los días contentos se refieren por lo general a los de clase media, pues la clase baja, desgraciadamente pocos, muy pocos son sus días alegres y de optimismo, y mientras que los de la “alta”, por lo general todos sus días son de satisfacción y contentamiento, a no ser que su hada madrina les mande el gran pesar de una pérdida de algún familiar o la grave enfermedad de algún otro allegado.

Yo nací entre pañales de seda, y mi niñez la recuerdo plácidamente, muchos sueños realizados, ya sea en juguetes, paseos, vacaciones y bonitas noches buenas donde el Niño Dios siempre me traía lo que pedía, con mucha fe, en mis cartitas. Pasaron los años y mi juventud, podríamos decir que fue de oro. Ya en la edad de la responsabilidad, es muy posible que mi hada madrina se haya enfadado de tantas tonterías, y de tanto orgullo y prepotencia que mostraba por tener dinero, tener suerte con las damitas, ser de los primeros en los bailes, presumir que era muy listo y trabajador, que me bajó un escalón, dejándome plantado en la clase media con todo lo que traía aparejado la lucha por la vida, con los retoños que me llegaron de París. Así es que por eso de las “subidas y bajadas”, en la escala social me dio la gran oportunidad de conocer y valorizar los ratos felices y calidad de estos cuando se tiene de sobra y cuando se encuentra “limitado”, pero eso sí, los “días felices” son de sincero contentamiento, de gran felicidad y de mucho optimismo.

Y así es como recuerdo un pequeño alboroto que hubo en el Hotel Ceballos de Cuyutlán, allá por los últimos años de la década de los treinta, ya en el mes de junio, cuando la temporada de



paseantes había terminado, y yo estaba clausurando y guardando todas las cosas de hotel, y ya empezaba el reinado de los bravísimos zancudos y jeje-nes de la temporada de aguas. Una noche, cuando empezaba a acordarme de mi catre, mi segundo de abordo, *El Chivi*, me llamó a la puerta diciéndome: Don Carlos, hay un hombre que le urge verlo. Sin preguntar más, de inmediato me levanté, y al abrir, vi a un hombre con su indumentaria campirana,

todo abatido y casi a punto de llorar. ¿Qué le pasa? Mi mujer está muy mala, don Chuy dice que si no la ve un doctor se va a morir, y como aquí no hay doctores, sólo en Manzanillo, y no hay tren a estas horas, vengo a pedirle el gran favor de que nos lleve allá. Sin pensarlo dos veces, pues tenía siempre listo el “forcito” con el “abuelo Alcaraz” de chofer, y con el entusiasmo de mi edad le dije que sí. Me volví adentro, me vestí, y nos encaminamos al jacal de aquel afligido. Ahí subieron a la señora, acompañada de su marido, a los vecinos les encargaron sus cosas, y raudos nos dirigimos al puerto por los palmares de Cualata. Tan luego llegamos, nos encaminamos al hospital, bajaron a la enferma y la instalaron en un catre. Nos despedimos y nos fuimos derechos a la acogedora mansión de Esperanza Chacón a “pasar el rato”. Al día siguiente nos desayunamos, y antes de regresar nos pasamos al hospital, encontrándonos con la grata sorpresa de ver aquel hombre, tan abatido unas horas antes, con la cara bien alegre, pues su mujer que “traía el niño atravesado”, había parido dos niñas. Y así de sencillo fue como aquel hombre tuvo su gran momento de felicidad y optimismo. Pocos días después, ya de regreso a Cuyutlán, me platicaba: Fijese, señor, mi compadre me decía cuando empezó a ponerse grave mi mujer, que todo se debía a que me había puesto el huarache en la pata zurda. Y yo le contesté, pues a lo mejor sí, pero que a Dios gracias todo se enderezó y ahora, verdad de Dios que me siento como rey de las salitreras. Y así fue como volví a comprender una vez más que los ratos y los días felices todos los hemos tenido, pero la gente sencilla los goza y los disfruta más, de seguro porque el camino de sus vidas es más duro, calamitoso y pesado que a otros que llegaron en el mismo tren, pero que tuvieron la gran suerte de bajarse con el “pie derecho”.

* Empresario, historiador y narrador. +

El arte de novelar

La literatura mexicana que viene

Élmer Mendoza

“El arte es la más importante de todas las ocupaciones humanas”, afirma el escultor constructivista Naum Gabo, y muchos estamos de acuerdo. El arte ofrece numerosas razones para vivir correctamente, provocar momentos únicos y participar en un universo de deseos de grandeza que en esta época, tan incierta y devastadora, nos vienen muy bien. En días pasados, Magali Tercero, César Silva, Antonio Malpica, David Toscana y yo, tutores del Fonca en el género de cuento, fuimos convocados por Adriana Konzevick y su equipo, donde se nota Erick Pérez Velasco y varias colaboradoras, para realizar la segunda evaluación de las y los becarios de la promoción 2019-2020.

Trabajamos alrededor de ocho horas y hubo momentos realmente deslumbrantes. La literatura que viene, los cuentos que un grupo de 11 está desarrollando, serán una muestra segura y potente de que los apoyos del Fonca son muy necesarios, cero desperdicio en esos recursos y no pueden ser empleados de mejor manera. Desde hace 18 años he constatado que uno de los rostros más asombrosos de México en el mundo es su literatura. Pertenezco a una generación que siguió los pasos de nuestros maestros del *Boom* y pudimos crear respetables voces alternas para intentar sostener la presencia de Rulfo, Del Paso, Fuentes, José Agustín y Elena Poniatowska, entre otros. Voces ácidas y misteriosas, violentas y amorosas, inquietantes y promisorias. La mayoría becarios del Fonca. Por eso aseguro que esta banda tiene una firme vocación y una capacidad de aprender de sus tutores que los llevará, indudablemente, a ser muy buenos. Hasta ahora han creado historias fantásticas, ciencia ficción, humor, suspense, denuncia y de esa realidad descarnada que en

los últimos años ha ennegrecido nuestro país.

Están Selene Ramírez, Lola Ancira, Aniela Rodríguez, Josué Sánchez, Emanuel Bravo, Martín García, Bernardo Barrientos, Fernando Jiménez, Atzín Nieto, Krsna Agustín Sánchez y Fernando Yacamán. Jóvenes creadores que consiguieron la beca con proyectos de sumo interés y alto grado de dificultad. A los tutores nos agrada que todos intentan trascender las formas clásicas del cuento, que buscan ir más allá de los patrones seguros. Sus atmósferas emocionales son intensas y provocadoras. Para conseguir las se valen de un lenguaje preciso, un *timing* funcional y no dependen del final sorpresa para lograr una historia redonda que deja una sensación entrañable de estar ante un texto donde hay maestría narrativa. Es claro que tienen un compromiso con la literatura y saben que la incertidumbre es un componente insoslayable de este arte exigente como el que más. Contar una historia es un juego donde todas las reglas te incitan a quedar en las miasmas del conformismo; sin embargo, ustedes jueguen a ganar. Sean respetuosos de la tradición cuentística del mundo, pero no duden en matar a papá.

Una generación en formación es una papa caliente. Un atado de sueños con que construirán el futuro literario. Serán testigos de una época muy tortuosa. Por eso los tutores sugieren no retardar su desarrollo. México tiene enormes crisis de salud y económica, una calamidad. Entonces no permitan que se genere una crisis estética. Ustedes son el Fénix, los testigos que contarán lo que tuvo que pasar para que este país ubicara su nuevo destino. Que digan: nunca una generación de escritores expresó tan bien momentos tan aciagos de la historia. Porque nosotros, los tutores, apenas contaremos el principio.